

## CAPITULO II.

## SIGLO XVI.

*Primeros trabajos tipográficos.—Las «Relaciones.»—Cómo se hacían y reseñaban las honras fúnebres de monarcas, virreyes y señores.*

Mucho trabajaron desde un principio las prensas establecidas en Nueva España, y, atendiendo á lo más urgente, comenzaron por las *Cartillas* y siguieron con las *Doctrinas* y demás libros en lenguas indígenas.

Uno de nuestros más cultos hombres de letras, el Ilmo. Sr. Obispo Montes de Oca, ha dicho, refiriéndose á esa primera etapa de la tipografía mexicana:—«Imposible parecería, si no fuera un hecho tan manifiesto, que México, apenas conquistado, contribuyera á la gloria literaria de España, con tan copioso y distinguido contingente. Cualquiera creería que el fragor de las armas habría impedido que las letras floreciesen en las nuevas colonias, y que la sed de riquezas no podría hermanarse con la ciencia. Y, sin embargo, no fué así. Las letras, y el saber, y las artes vinieron juntamente con las máquinas de guerra; y no sólo fué México el teatro de las hazañas mayores que hayan visto los siglos, sino también la palestra donde desde luego se ejercitaron los ingenios más brillantes que produjera esa época, tan gloriosa para las letras.»

Al finalizar el siglo XVI había ya, en efecto, material bastante para echar los cimientos de un catálogo de publicaciones hechas en la Capital de la Nueva España, y ojalá que alguien se hubiese acordado de hacernos tan estimable servicio; pero, como dice un escritor, «el trabajo paciente y opaco de un autor de «Biblioteca,» como entonces se llamaba á lo que hoy decimos «Bibliografía,» se avenía mal con la índole de nuestro ingenio, más inclinado de suyo al brillo y gala de la poesía, ó en otro tiempo á las agudas investigaciones metafísicas, que á los estudios lentos y acompasados del bibliógrafo.»

Alguien á esta labor dedicado habría podido ya entonces ano-

tar, como producto de los sesenta y tantos años de imprenta, un buen número de obras litúrgicas y de lingüística; vocabularios; libros de rezo, de legislación eclesiástica ó civil, y hasta tratados de Medicina, ciencias naturales y de Arte Militar y Náutica, sin faltar los primeros materiales para la Historia y la Literatura, algunos de los cuales fueron como el esbozo de los papeles noticieros modernos. Notables fueron en ese sentido la *Relación del Terremoto de Guatemala*, publicada en 1541; <sup>1</sup> *El Túmulo Imperial de la gran ciudad de México*, impreso en 1560, <sup>2</sup> y la *Relación de las exequias funerales hechas á Felipe II por la Inquisición de México*, publicada en 1600. <sup>3</sup>

La primera de estas relaciones informativas se refiere al terremoto ocurrido en Guatemala la noche del 10 al 11 de septiembre de 1541, en que perecieron muchas personas, entre ellas Da. Beatriz de la Cueva, viuda del adelantado D. Pedro de Alvarado. La segunda, que el entusiasmo de García Icazbalceta calificó de «verdadero monumento de la grandeza á que había llegado México en pocos años,» es un inestimable ejemplar de los primitivos impresos mexicanos. Trata de las exequias que se hicieron en la ciudad de México por el Rey y Emperador Carlos V en la capilla de San José, del monasterio de San Francisco. Esta relación, de mérito indiscutible, y que fué hecha por el Dr. Francisco Cervantes Salazar, apareció ilustrada con un grabado ejecutado seguramente en México, pues lo corto del tiempo transcurrido entre la celebración de las exequias y la impresión del libro, no permite admitir que el

1 Reimpresión en España, sin lugar ni año, en 4 fojas en 4.º, que después reprodujo en fotolitografía el Sr. D. José Sancho Rayón, de Madrid.

2 «Túmulo Imperial de la gra(n) ciudad de México.—En Mexico. Por Antonio de Espinosa 1560.»—En 4.º, letra romana.

En la «Bibliografía Mexicana del Siglo XVI,» de García Icazbalceta, se han reproducido, con dos fotolitografías, la portada y el dibujo del Túmulo.

3 «Relacion Historiada de las exequias funerales de la Magestad del Rey D. Philippo II Nvestro Señor. Hechas por el Tribvnal del Sancto Officio de la Inquisicion desta Nueva España y sus provincias, y yslas Philippinas; asistiendo solo el licenciado Don Alonso de Peralta Inquisidor Appostólico, y dirigida á su persona por el Dr. Dionysio de Ribera Florez, Canónigo de la Metropolitana desta Ciudad y Consultor del Sancto Officio de Inquisicion de Mexico—donde trata de las virtudes esclarecidas de su Magastad (sic) y transito felicissimo; declarando las Figuras, Letras, Hierogliphicos, Empresas y Diuisas, que en el Tunulo se pusieron, como persona que lo adorno y compuso, con la invencio(n)y traça del aparato sumptuoso conque se vistio desde su planta hasta su fenecimiento.—En Mexico, En casa de Pedro Balli. Año de 1600.»

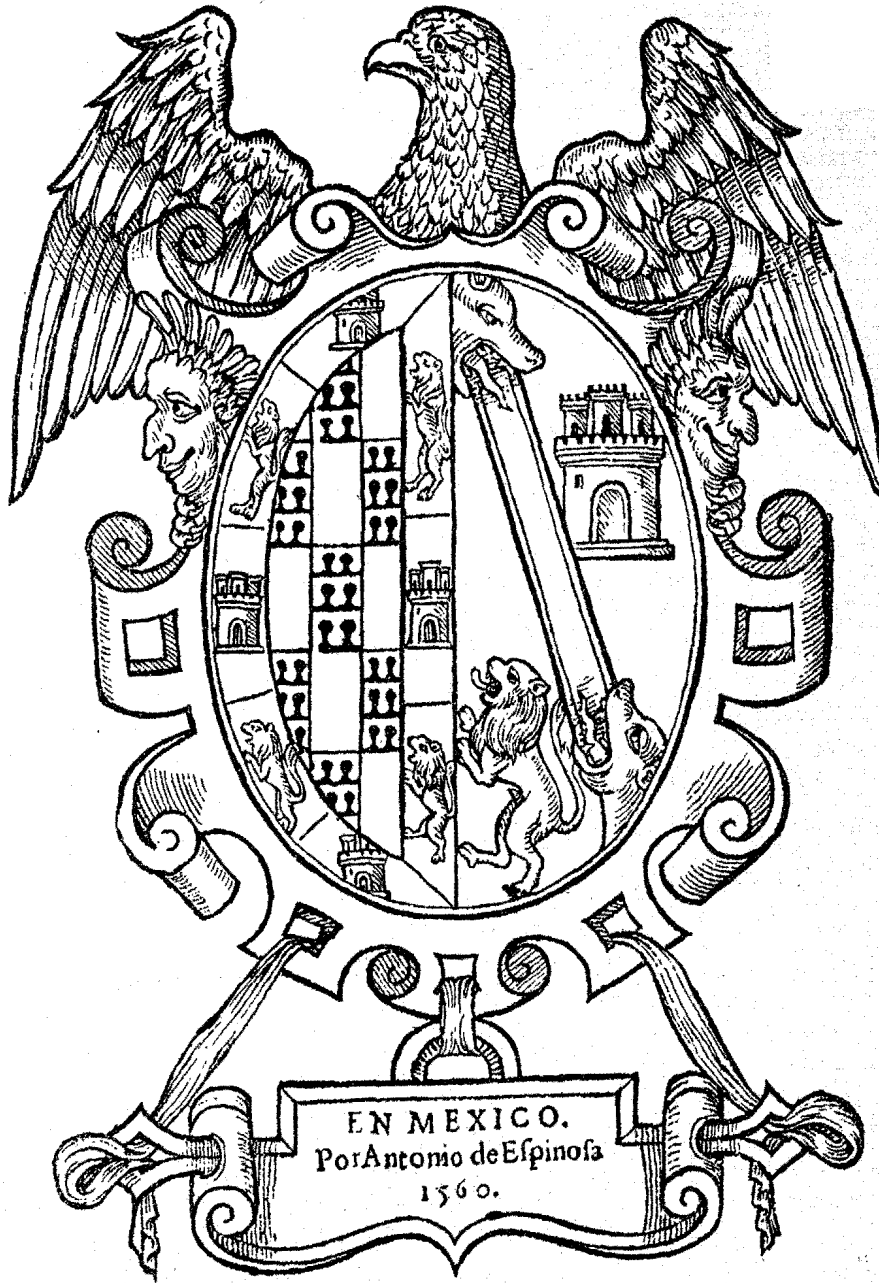
grabado se pidiera á España. También á ceremonias fúnebres se refiere la últimamente nombrada. Con abundancia de datos y recargo de detalles describe en ella el Dr. Dionisio de Ribera Flórez las exequias que en la Capital de Nueva España se hicieron por el alma del Rey Felipe II. Con relación á ella dice el bibliógrafo del siglo XVI:—«Asombra ciertamente ver todo lo que el Dr. Ribera Flórez sacó de su cabeza para celebrar las exequias, y más para describirlas.» Es inútil decir que no pudo llenar tal volumen (16 fs.+187 ps.+5 fs.) sino á fuerza de digresiones impertinentes, sacadas, como dice el Dr. Herrera, «del profundo océano de la Escritura Sagrada, y centro de la humanidad.» Entre ellas se encuentran una noticia del establecimiento del Tribunal de la Inquisición en México, los nombres de las personas que habían servido sus diversos cargos y una relación de los autos de fe celebrados hasta la fecha de la publicación del libro. Esta misma *Relación* comprende varias poesías en latín y castellano.

Dejando vagar la imaginación en presencia de obras tan llenas de recuerdos, nos presenta ésta, con ayuda de la memoria, interesantes escenas de pasados tiempos, como las pompas fúnebres de monarcas, príncipes, magnates y señores, las cuales alcanzaron, bajo el imperio de las creencias dominantes entonces, gran suntuosidad y magnificencia.

Los cronistas é historiadores han relatado minuciosamente las ceremonias que se guardaban en los entierros reales y las reglas previamente fijadas por la costumbre, convertida en etiqueta, á que habían de sujetarse los nobles y magnates que por obligación de su cortesano oficio asistían á la ceremonia, desempeñando funciones verdaderamente serviles, con tan mentido dolor muchas veces, como el que fingían las plañideras romanas. En cambio, el pueblo, espontáneo y siempre sincero, regaba con lágrimas de verdadero dolor el féretro de los príncipes que durante su reinado habían seguido los rectos caminos de la justicia y execraban con vibrantes maldiciones el cadáver y la memoria de los opresores y tiranos.

Antes de conducir el cuerpo del rey difunto al panteón de sus mayores, era preciso observar al pie de la letra el ceremonial fijado por la etiqueta de la corte para tales casos, y poner toda la ambición y toda la gloria en seguir tributando adoración al monarca, cuando la que á nadie perdona lo había ya convertido en masa inerte de corruptible materia. A imitación de los pueblos antiguos, se embalsamaba el cadáver para preservarlo de la putrefacción, depositándolo después en un ataúd de plomo, en el que

TVMVLO IMPERIAL  
*de la gran ciudad de Mexico.*



FACSIMILE DE LA PORTADA DEL «TVMVLO IMPERIAL DE LA GRAN CIUDAD DE MEXICO.»

**BIBLIOTECA DEL INSTITUTO NACIONAL  
DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA  
MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA**

durante cuarenta días se exponía á la veneración del pueblo, sobre un túmulo regiamente engalanado. A los pies del túmulo se colocaba la efigie en cera del rey difunto, cubierta con las vestiduras reales, corona y cetro, y una cruz, un hisopo y dos incensarios de oro á un extremo del lecho mortuorio. Los oficiales y servidores de la corte proseguían en sus habituales funciones durante todo aquel tiempo, como si el monarca estuviese gozando aún de la vida, y los gentiles hombres de boca acercaban los platos de manjares á la cabecera del túmulo, haciendo ademán de servir de ellos al difunto.

Transcurridos los cuarenta días de capilla ardiente, se efectuaba la translación del cadáver á la abadía ó monasterio de patronato regio, destinado en cada país á sepultura de la familia real, como eran la abadía de San Dionisio en Francia, la de Westminster en Inglaterra y el monasterio de San Lorenzo del Escorial en España. La comitiva excedía en pompa y aparato á todo cuanto soñar pudiera la más acalorada fantasía. Iban en ella pregoneros que herían el aire y llamaban la atención de las gentes con los agudos sonos de las trompetas; monjes de todas las órdenes y congregaciones religiosas; individuos de todas las cofradías, tan numerosas en aquellos tiempos; ciudadanos y militares rigurosamente enlutados; arcabuceros con el arcabuz á la funerala; piqueros con el arma vuelta; pajes y escúderos con hachas en las que se veía el escudo del difunto; porta-estandartes con las enseñas arrolladas; los nobles, en fin, precediendo al féretro, rodeado por los clérigos, seguidos de pajes, que en sendos y enlutados almohadones llevaban la lanza, la cota, el yelmo, los guanteletes y las espuelas del difunto.

No faltaban algunas veces serias querellas entre los personajes de la comitiva, por motivo de lo que hoy se llama cuestiones de etiqueta, respecto al orden de prelación y dignidad, como si la vanidad humana no pudiera acallar sus menguadas voces ni aún ante el majestuoso silencio de la muerte.

Estas ceremonias, que se hacían en Europa, no sólo á los reyes, sino á los príncipes y magnates, eran remedadas en las colonias que en las otras partes del mundo tenían los gobiernos europeos. Ejemplo de lo que fueron las que en Nueva España se hicieron, nos ha transmitido la historia con las honras hechas á la «Sacra, Cesárea, y Católica Magestad de Carlos V,» con el concurso de obispos, gobernadores y caciques indígenas que, según el cronista, iban lanzando hondos suspiros y derramando abundantes lágrimas.

Tanto porque estas honras nos dan idea del espíritu de la sociedad de entonces, como porque ellas alcanzaron mayor solemnidad.

dad y magnificencia que todas las celebradas durante el gobierno virreinal, vamos á digredir un momento, haciendo de ellas una sucinta descripción.

El Rey y Emperador Carlos I de España y V de Alemania murió, á las dos de la madrugada del día 21 de septiembre de 1558, en el monasterio de Yuste; pero la noticia no llegó á la Nueva España sino hasta el siguiente año de 1559. <sup>1</sup> El Virrey D. Luis de Velasco, de acuerdo con el Arzobispo, la Real Audiencia y el Ayuntamiento, ordenó las solemnes exequias del Monarca, eligiéndose para ello el atrio de San Francisco y la capilla de San José de los Naturales, del mismo convento.

El túmulo fué trazado y ordenado por D. Claudio Arciniega, «excelente arquitecto» y «maestro mayor de las obras de México,» bajo el inmediato cuidado de Bernardino de Albornoz, Regidor de la ciudad y Alcaide de las Atarazanas. Tardó en levantarse el soberbio túmulo tres meses, y mientras se elevaba, se pregonó públicamente, por orden del Virrey, veinte días antes de las exequias, «que todos los hombres y mujeres de cualquier estado y condición que fuesen, trajesen luto, en muestra del fallecimiento de tan gran monarca,» y al punto se cumplió con ello, á tal grado, que en menos de tres días todos vistieron luto, «que parecía imposible haber tantos sastres en la ciudad, que en tan breve tiempo pudiesen hacer tantos y tan sumptuosos lutos: porque hubo caballero que en ellos gastó más de mil pesos.»

Tanto el Virrey como el Arzobispo hicieron invitaciones á las autoridades civiles y eclesiásticas de todos los lugares de la Nueva España, dominados ó sometidos, y el segundo, con veinte días de anticipación, mandó «que en la iglesia catedral y monasterios desta ciudad (México) se clamase tres veces al día, la una por la mañana, la otra á medio día y la otra á la oración; lo cual se ejecutó con tanta solemnidad, que verdaderamente tanta multitud de

<sup>1</sup> Según se cuenta, antes tuvo esta noticia en Nueva España Fr. Jacobo Daciano, pero de un modo milagroso. Siendo guardián del convento de Tarecuato, una noche, en un raptó, tuvo la revelación de la muerte de Carlos V, y al día siguiente celebró sufragios con cuanta solemnidad pudo. «Los religiosos admirados—dice el cronista La Rea—le preguntaron la causa y dijo que en aquella hora era muerto el Emperador. Lo cual se confirmó después de algunos meses que llegó la flota y hallaron que había muerto á la hora que dijo el Santo Jacobo.»—«Crónica de la orden de N. Seráfico, San Francisco. Provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán en la Nueva España, compuesta por el P. Lector de Teología Alonso de La Rea, de la misma Provincia.»

campanas tocadas todas á un tiempo movían á tristeza y memoria de la muerte del que como era razon paraba en ello.»

Por fin, llegó el día 30 de noviembre del año del Señor de 1559, día del Apóstol San Andrés, señalado para dar comienzo á los funerales del que fué en vida invictísimo César y Emperador Carlos V. En la tarde salió la procesión de la entonces Real Casa, pues el hoy Palacio aun no era del Gobierno, y de la Iglesia Mayor, por la puerta del perdón. Delante iban los naturales, precedidos de dos ciriales y una cruz con su manga negra, y atrás las tres gobernaciones de México, Tacuba y Tetzoco, y la provincia de Tlaxcala, representados respectivamente por los Sres. D. Cristóbal de Guzmán, D. Antonio Cortés, D. Hernando Pimentel y D. Domingo de Angulo, vestidos «con lobs y capiotes de luto con largas faldas tendidas» y llevando cada uno los estandartes de sus cabeceras con sus armas y las de Su Majestad, doradas y plateadas en campo negro. Luego, de cuatro en cuatro, los señores de los pueblos que dependían de las citadas cabeceras, y á continuación, más de dos mil indios principales y nobles, de cuyo orden cuidaban con sendas varas los intérpretes de la Audiencia y varios alguaciles. En seguida caminaban los clérigos y los frailes de Santo Domingo, San Francisco y San Agustín, en esta manera: «iba adelante una cruz rica con manga negra, con funerales, y tras ella á los lados dos clérigos ancianos, que para mayor autoridad llevaban las puntas de la procesion, y por su orden toda la demas clerecia y religiosos mezclados los unos con los otros hasta cuatrocientos sacerdotes, y al fin de ellos iba el Arzobispo vestido de pontifical con dos canónigos por ministros y otros dos por asistentes; iban por caperas dos canónigos y dos frailes de cada órden, que todos eran ocho, llevaban ocho muchachos con sus cetros; iban con éstos cuatro clérigos de Evangelio para incensar.» Seguían el Obispo de Michoacán, D. Vasco de Quiroga, y el de Nueva Galicia, D. Diego de Ayala, y luego el Presidente de la Iglesia, provinciales, priores y guardianes, insertos con las dignidades. El Arzobispo llevaba su cruz y báculo, y delante de él iba la cruz mayor de la iglesia «con cuatro acólitos vestidos de negro.»

Aquí comenzaba la parte civil de la procesión: iba á la cabeza, solo, «muy enlutado y arrastrando la falda,» Bernardino de Albornoz, que conducía el pendón de la ciudad; dos maceros ó reyes de armas, «con cotas de damasco negro y en ellas las armas reales de oro y plata;» los oficiales de la Real Hacienda y D. Luis de Castilla, que conducían las reales insignias de este modo: D. Hernando de Portugal, Tesorero, la corona, en una almohada de brocado; D.



Hortuño de Ibarra, Contador, el estoque desnudo en la mano derecha; D. García de Albornoz, Factor y Veedor, «la celada con una corona imperial por cimera,» y D. Luis de Castilla, «la cota sobre una almohada de brocado.»

Venfan después D. Francisco de Velasco, solo, con el estandarte real y la falda tendida; su hermano D. Luis de Velasco, Virrey de Nueva España, también solo, con la cabeza cubierta y la falda tendida «cuya punta llevaba su camarero;» lo seguían, fuera de los lados de la procesión, «sus continuos y caballeros» y los Oidores Zurita, Villalobos, Puga y Orozco; luego, el Fiscal del Rey, el Alguacil Mayor de la Corte, los alcaldes y regimiento, de cuatro en cuatro; el Alcalde Mayor y regidores de Puebla; dos alcaldes de la Hermandad; los oficiales de la Real Audiencia y de la ciudad; el Rector de la Universidad y los Doctores, todos de cuatro en cuatro; los conquistadores, los alcaldes y corregidores, los ciudadanos y los mercaderes, «en los cuales con ser muchos, había pocos que no fuesen con lobs y capirotes, arrastrando las faldas.»

«Aquí se remataba la tercera parte de la procesion—dice el cronista—y comenzaba luego la caballería, que formados de cuatro en cuatro por hilera, tardó buen rato en pasar, con tanto orden, concierto y autoridad, que hacía la pompa funeral parecer muy bien; cerraba la caballería, porque la gente que venía detrás, que era mucha, no se entrometiese y rompiese el orden, una guardia de alabarderos. Irfan por todos de lobs y capuces más de dos mil hombres, y fué tan larga la procesion, así de los españoles como de los naturales, que rodeando por la puerta de San Francisco, que mira al Occidente, y ser el trecho desde la Casa Real á San Francisco, bien largo, estaba la mitad de la procesion ya en el monasterio, cuando la otra parte comenzó á salir de la Casa Real.»

La procesión tardó en entrar dos horas y media. Dentro del templo la ceremonia de ese día y la del siguiente fueron solemnes y majestuosas. <sup>1</sup>

<sup>1</sup> México Viejo por Luis González Obregón.—1900. Capítulo X. «Los funerales de Carlos V.»